

La ciudad socialista y la ciudad sostenible

Sergio TOMÉ FERNÁNDEZ

Departamento de Geografía.
Universidad de Oviedo

Recibido: 9 mayo 2005

Aceptado: 24 septiembre 2005

RESUMEN

Se ofrece un ensayo de aproximación general a la experiencia urbana socialista, poniendo énfasis en el planeamiento, los centros históricos, la vivienda, el verde y los servicios. Es decir, aquellos objetos de reflexión que más aleccionadores pueden resultar para el actual debate sobre el futuro sostenible de las ciudades.

Palabras claves: Ciudad Socialista, Política Urbana, Planeamiento, Sostenibilidad.

The socialist city and the sustainable one

ABSTRACT

This paper examines in detail socialist urban experience: town planning, town centres, the housing problem, environment and services. To sum up, an analysis of those subjects of reflection that it may be interesting for present debate on towns sustainable future.

Keywords: Socialist town, Urban Policy, Planning, Sustainability.

INTRODUCCIÓN

Quince años después de la caída del telón de acero, la Geografía tiene pendiente una interpretación equilibrada, con carácter definitivo, sobre la ciudad que dejaron los regímenes comunistas. Tarea complicada por el difícil acceso a la documentación original, aunque existe una ingente bibliografía como para cubrir al menos los aspectos sectoriales. La revisión del hecho urbano marxista, además de necesaria para matizar el discurso liberal elaborado al respecto, resulta perentoria por diversas razones. Entre ellas la rápida transformación de las ciudades en el antiguo bloque oriental, que con frecuencia está borrando algunas trazas sustanciales del sistema anterior o desvirtuando sus contenidos en forma irreversible, como ha sucedido en ocasiones con los grandes equipamientos culturales, los espacios públicos y hasta las zonas verdes. Junto con ello, el profundo deterioro de otros elementos heredados hará pronto difícil la justa valoración de lo que hubo, provocando tal vez que las generaciones jóvenes carezcan de toda referencia o las reciban sólo de signo negativo. Esa exploración sirve además al objetivo fundamental de abrir pers-

pectivas para el futuro de las ciudades, pues el bagaje urbanístico de los países socialistas representa una fuente de información enriquecedora en materias como la ordenación de usos, el patrimonio, el alojamiento y el ocio. Objetos a veces de innegables conquistas y formulaciones teóricas singulares, hasta el punto de fijar ideas que hoy se defienden universalmente como la necesidad de combinar los usos del espacio, para evitar las parcelas monofuncionales, o el rechazo a las formas extremas de descomposición territorial urbana. El manejo de esos materiales seguramente ayudará a construir una alternativa sostenible a la ciudad neoliberal, que hoy por hoy no ofrece respuesta suficiente a los problemas colectivos, sin que el pensamiento de la sostenibilidad termine de concretarse en forma suficiente.

1. LOS GEÓGRAFOS Y LA CIUDAD SOCIALISTA

En un artículo titulado *Elogio a Rusia*, que publicó el diario ABC a comienzos de la década de 1960, el Marqués de Lozoya ensalzaba el urbanismo y la decencia pública socialistas. Comparando la reconstrucción y desarrollo posbélico en Leningrado y Madrid, reconocía «*la superioridad de los urbanistas soviéticos*», y sobre la moral pública no dudó en sentenciar que «*el imperio de los nuevos zares ha llegado, por la inteligencia de sus rectores, a las mismas conclusiones de la moral cristiana*». Pocos se atreverían hoy a realizar afirmaciones de esa naturaleza. Sin embargo es forzoso recordar que, durante decenios, también el discurso geográfico producido en Europa Occidental acerca de la ciudad socialista estuvo en buena medida presidido por el respeto, hasta que en los años noventa se impongan la denigración o el silencio. Quizá la Geografía francesa, más dedicada al exterior, ofrezca el mejor exponente de esa valoración, compartida por círculos relativamente amplios de otros países. No han faltado desde luego en la Geografía europea los detractores, que niegan interés alguno al hecho urbano de las democracias populares, como también es cierta la evidente simpatía que otros textos translucen, pero la interpretación dominante ha venido encerrando algo más que una opción ideológica. Apoyada en datos fehacientes y en el reconocimiento sobre el terreno, desveló las deficiencias, tensiones o errores presentes en la urbanización de los países del Este, en capítulos como la vivienda o el abastecimiento. Pero a la vez manifestó reconocimiento de los diversos logros alcanzados y las enseñanzas extraíbles de aquel modelo.

En 1963 BEAUJEU-GARNIER y CHABOT calificaron a la URSS como «*una especie de laboratorio del urbanismo moderno*», productor entre otras cosas de ciudades nuevas que, en referencia al Asia soviética, caracterizaban por «*sus amplias arterias, sus grandes espacios verdes, la majestad y la multiplicidad de los edificios colectivos situados en los puntos centrales, la ausencia de segregación social y de diferencia en la arquitectura de los diversos barrios*». BLANC, GEORGE y SMOTKINE comentaban en 1967 «*la supresión de toda causa de disarmonía en el paisaje urbano*», a propósito de Polonia, y estimaron que las nuevas ciudades «*representan una de aportaciones más positivas del urbanismo socialista (...), mar-*

cadras por la importancia de los equipamientos colectivos y de los servicios gratuitos o de precios más débiles». En 1970 Pierre GEORGE alude a los extensos espacios verdes «asociados a las grandes unidades residenciales», un año antes de que BLANC y CHAMBRE propongan la imagen de Moscú «como surgida del bosque». Por su lado MERLIN, en 1972, llamó la atención sobre el hecho de que en los países socialistas «los equipamientos son construidos al mismo tiempo que los alojamientos y calculados con ayuda de normas que, si bien son a menudo débiles, tienen el mérito de existir». En ciencias afines como la arquitectura no faltan consideraciones análogas, sirviendo quizá como ejemplo STRETTON (1978) que, muy crítico en sus juicios, tampoco duda en observar que «la riqueza, el ingreso y la vivienda no tienen ninguna de las desigualdades extremas que ocurren en los países capitalistas».

Con cierto retraso, en España se publicaron escritos del mismo tenor, como el brillante análisis debido a CARRERAS VERDAGUER en la Geografía de la Sociedad Humana (1981), que concluye: «Puede resumirse que la ciudad soviética es bastante igualitaria, tanto en lo que hace referencia a la distribución interna de sus servicios, equipamientos y funciones, como en la semejanza de infraestructuras y organización entre las ciudades (...). Son igualitarias, sobre todo, porque la segregación social del espacio no existe, porque el transporte público alcanza un elevado nivel de densidad y porque el centro de las ciudades está elaborado para facilitar el acceso de grandes masas. Los principales problemas se presentan a través de los resquicios de privatización que se pueden dar con la introducción del transporte privado, que se halla en expansión; a través de la aparición de construcciones de viviendas en régimen de cooperativa —que, si bien ayudan a resolver el problema de la vivienda, rompen, en cierta forma, la homogeneidad social—, y a través, finalmente, de la introducción de los comercios de élite». Al año siguiente el arquitecto RODRIGUEZ-AVIAL LLARDENT, en la magnífica obra Zonas Verdes y Espacios Libres en la ciudad (I.E.A.L., 1982) sostenía que «urbanísticamente la Unión Soviética presenta un gran interés por ser el primer país en el que a gran escala el hombre intenta estructurar racionalmente la geografía y recursos».

Todavía en 1989 PELLETIER y DELFANTE, aún resaltando la crisis del alojamiento y la endeblez del equipamiento comercial, destacaban el rigor en el planeamiento, el tratamiento del patrimonio o la importancia de los espacios verdes. Poco tiempo después la percepción varía radicalmente, pues en 1990 RADVANYI muestra a Moscú como «un escaparate de las contradicciones del socialismo», y encuentra en ella «una neta segregación social». Ya en 1996, en la Géographie Universelle, BRUNET llega más lejos al afirmar respecto a Rusia que «la inmensa monotonía de los barrios de bloques no es radicalmente diferente de la de los barrios de las ciudades del Tercer Mundo, nacidos bajo la expansión urbana general de la segunda mitad del siglo XX» Dentro de la misma obra, también V. REY refiere «cierta vacuidad del urbanismo» en Varsovia, la «banal universalidad» vista en Praga y la «tragedia urbanística» de Bucarest. Juicios que desde luego merecen todo el respeto, y si se traen aquí es sólo como muestra de una actitud diferente.



Foto 1: Volzhski (Rusia), ciudad nueva relacionada con el aprovechamiento hidroeléctrico del Volga.

2. MIL CIUDADES NUEVAS: EL PENSAMIENTO Y LA PRAXIS URBANÍSTICA

La experiencia económica, territorial y urbana del bloque oriental encierra una serie casi ilimitada de objetos de interés para el actual debate sobre la ciudad sostenible. Obligada por las circunstancias, la URSS construyó un urbanismo híbrido, empírico y cambiante, cuyos cimientos vendrían dados por la cultura de vanguardia y las propuestas del racionalismo occidental (QUILICI, 1978). Aplicadas éstas a finalidades ideológicas, coexistieron con criterios de planeamiento tecnocrático-productivistas (STRETTON, 1985), llegando a soluciones originales que se distancian del capitalismo pero a veces caminan en paralelo a él (SEGRE, 1988). Probablemente ninguna otra nación haya aportado tanta fundamentación teórica, propia o mixta, tanto debate ni tanta carga de trabajo en la definición de modelos o la determinación de parámetros urbanísticos. Es decir un colosal esfuerzo para definir la ciudad ideal. Al tratar de materializarla, Rusia acumuló una rica experiencia de colectivización urbana, en la cual resultaría decisiva la incesante declaración de problemas o signos de ineffectividad, con la consiguiente rectificación

y búsqueda de nuevas ideas. Por eso, y a causa también de los cambios políticos y económicos, hay una marcada evolución de los conceptos de ordenación (TALATCHIAN, 1999), un replanteamiento casi continuado y un ejercicio habitual de la autocrítica. Esta representó un atributo fundamental, compatible con los principios de centralización o control, y derivó en el otro rasgo quizá más destacado, la flexibilidad y el rechazo de los estereotipos. En palabras de LAPPO (1969) precisamente la Geografía debe ocupar un lugar destacado en la actividad urbanística, entre otras razones, porque contribuye a eliminar algo tan perjudicial como los estereotipos.

Así pues, y con independencia de los resultados materiales, es digna de estimación la vertiente creativa, manifiesta por ejemplo en el manejo de distintos modelos urbanos (lineal, radioanular, constelación), la amplia experiencia en reconstrucción de ciudades (Kiev o Minsk después de 1945; Tashkent tras el seísmo de 1956) o reestructuración de áreas centrales (RODRÍGUEZ-AVIAL, 1982). Frente a quienes identifican aquel urbanismo con la coerción y la solución única, QUILICI (1978) sostiene que *«el problema no es la falta de libertad de composición. Más bien (...) se observa en determinados casos una excesiva y arbitraria libertad de prefiguración en las futuras disposiciones del ambiente urbano(...), así como parecen excesivas la delegación y el amplio margen de discrecionalidad concedidos(...), en algunas experiencias de proyección a gran escala»*.

De todo aquel caudal resulta una ciudad cuya dinámica (y nacimiento en el caso de las nuevas) responde, en principio, a la planificación centralizada del espacio y las actividades dentro de los planes quinquenales. Eso significa que existe una representación anticipada acerca de su tamaño óptimo y tamaño límite, motores económicos, organización funcional y forma de asentamiento. Condiciones de partida que por lo regular deberán revisarse ante los imponderables surgidos en el proceso de desarrollo, pero al menos amortiguan riesgos intrínsecos al libre crecimiento como la hipertrofia o el estancamiento. Para eliminar obstáculos al desenvolvimiento urbano se regula la base económica, dando de entrada prioridad a la industria como función rectora, motor del despegue y garante del equilibrio territorial. Durante decenios, el perfil netamente dominante en las ciudades socialistas fue el de centro fabril, si bien desde los años sesenta se persiguen como objetivos la multifuncionalidad y la definición de combinaciones de actividad óptimas (LAPPO, 1969). A diferencia de Occidente la terciarización urbana no llegó a cobrar suficiente fuerza, por las razones apuntadas mas una tardía e insuficiente expansión de los servicios.

El binomio ciudad-industria alcanzaría todo su efecto dinamizador en el vasto sistema de poblaciones de nueva planta, desde Dushanbé (1925) a Stalingrado (1929), Togliattigrado (1960) y Chertanovo Norte (1978). Entre 1926 y 1965 se fundaron sólo en la Unión Soviética 814 ciudades y 2.039 poblados de tipo urbano, 185 de aquellas durante los siete años posteriores a 1959 (MIJAILOV, 1978). En 1989 sumaban casi el millar, incluyendo las sobrepuestas a núcleos rurales prácticamente disueltos (PELLETIER; DELFANTE, 1989). Concebidas dentro del proceso de dispersión geográfica de las actividades productivas, protagonizaron la

colonización de Siberia, los Urales y el Extremo Oriente, pero no deben relacionarse solamente con la puesta en explotación de los recursos o el tendido de la red de transporte. Tanto o más destacado sería su papel en la descentralización de las grandes aglomeraciones (ciudades satélite o *sputnik*), sobre todo desde los años sesenta. En este caso el paralelismo con las *New Towns* occidentales resulta evidente, aunque la escala de la intervención y su duración temporal establecen en los países del Este una considerable distancia. De entrada, la constelación allí desplegada ofrece, en su extraordinaria heterogeneidad, el interés de mostrar la sucesión generacional, el ensayo y revisión de diferentes modelos de asentamiento y composición urbana (SEGRE, 1988). Por otra parte, descontando el estrato más o menos amplio de núcleos ineficientes, poco exitosos o malogrados, es preciso reconocer que en términos generales cumplieron con su finalidad de contribuir a fortalecer y armonizar las redes urbanas. Dentro de ellas las ciudades intermedias llegarían a poseer un protagonismo considerable, como confirma el hecho de que entre 1926 y 1968 las medias anuales de crecimiento fueron inferiores en las grandes aglomeraciones que en el conjunto de la Unión Soviética (GISPERT, 1989; CARRERAS, 1981). Aún así, el centralismo y los imperativos de optimización económica impedirían neutralizar suficientemente la fuerza centrípeta de los organismos urbanos mayores, cuyo sobrecrecimiento representó en todo caso una preocupación constante. Algo ausente hoy en la mayor parte de las naciones desarrolladas, cuando los procesos de concentración espontánea alcanzan cotas disparatadas, sin ir más lejos en España.

Los proyectos elaborados para las primeras poblaciones nuevas, y en especial el Plan Director de Moscú aprobado en 1935, con clara influencia racionalista, sentaron los criterios básicos de un modelo aplicable a escala urbana y metropolitana. De ahí procede esencialmente la idea de la ciudad como territorio de crecimiento limitado, enmarcado por un anillo boscoso que cobra continuidad con las amplias zonas verdes intercalares. El rechazo de la Ciudad Jardín da lugar a formas de ocupación relativamente más densas pero extensivas, con disposiciones flexibles y tejidos urbanos aéreos (BLANC; GEORGE; SMOTKINE, 1967). La edificación en orden abierto se acompaña con un reparto armónico de la industria y una distribución escalar de los servicios, es decir una división funcional que aminore las distancias entre el trabajo, la residencia y los equipamientos colectivos (QUILICI, 1978). Ese esquema espacial, que da prioridad a los espacios o elementos públicos y potencia el papel de la ciudad histórica, impone desde luego una planificación racional de las vías urbanas y del sistema de transporte, para articular las distintas piezas garantizando la homogeneidad en las condiciones de vida. La ciudad resultante, sobre planta radioanular, lineal o de otros tipos, está dominada por la importancia de las superficies descubiertas, que planteará a la larga problemas de mantenimiento (BRUNET; REY, 1996). A cambio los asentamientos ocupan extensiones apreciables: Moscú, con el Plan de 1935, saltó de 8.000 a 60.000 Has., y Kiev había alcanzado en 1980 un desarrollo de más de 50 kilómetros a lo largo del Dniéper (RAFFE, 1936; LEVITSKI, 1980).



Foto 2: *Microrraion* en Kiev (Ucrania).

En el contexto de la reconstrucción posbélica terminan de perfilarse las finalidades del planeamiento, que insiste en el uso racional del espacio bajo criterios de ahorro, y asume el afán de crear un producto urbano totalmente diferenciado del capitalismo. Ya en los años sesenta, los primeros trabajos de revisión del Plan de 1935 vuelven a poner énfasis en la consecución de una estructura urbana polinuclear, mediante ciudades *sputnik*, cuando el nivel tecnológico alcanzado permite plantear objetivos de mayor calidad en el diseño (SEGRE, 1988).

Todo ello se materializa en la última generación de Planes para Moscú (1971), Berlín (1972) o Praga (1975), cuya mayor preocupación es quizá la de atajar las disfunciones sobrevenidas (desequilibrios en el crecimiento, localizaciones inadecuadas, migraciones pendulares de excesivo radio). La respuesta es siempre la descentralización a partir de zonas multifuncionales (LAPPO; BEKKER; CHIKISHEV, 1976). En el caso de Moscú, su industrialización se interrumpe y hasta un total de 700 empresas mal alojadas pasan a la periferia, ya en 1978. Eso libera suelo interior para otros usos, como en Occidente, y favorece el establecimiento de ocho zonas autónomas en la planificación, como ciudades diferenciadas que equilibran mejor la vivienda y el empleo (BAZUNOV; POPOV, 1978). Novedad en el planeamiento del fin de siglo fue la búsqueda de una mejor relación con la naturaleza, expresada en medidas protectoras y proyectos que ponen en valor los atributos paisajísticos. Si a eso sumamos las menciones expresas a la necesidad de profundizar la participación comunitaria, y las determinaciones tomadas para llegar a usos combinados del espacio, salta a la vista que las metas resultan bastante coincidentes con los actuales principios del desarrollo sostenible. La caída del campo socialista impidió fructificar definitivamente un urbanismo que, en palabras de SEGRE (1988), estaba viviendo el tránsito desde la mera búsqueda de soluciones a la creación e innovación.

3. LA DIALÉCTICA CONSERVACIÓN-REGENERACIÓN, EN LA CIUDAD HISTÓRICA Y EL CENTRO URBANO

PELLETIER y DELFANTE (1989) ya se hicieron eco del «*respeto casi obsesivo hacia el pasado*», originado a su entender por la consideración del patrimonio como bien popular, que evitó destrucciones equivalentes a las infligidas por la Revolución francesa y permitió que las ciudades históricas del campo socialista llegasen a nuestros días bastante bien conservadas (con excepción relativa de Rumania), recurriendo incluso a la reproducción de inmuebles o asentamientos devastados en la guerra. Bajo esa ley general el examen de casos revela una cierta diversidad de soluciones, entre el conservacionismo riguroso aplicado a los conjuntos de mayor interés, y la preservación selectiva combinada con renovaciones más o menos profundas en el resto.

La metodología de intervención deriva en gran medida del Plan de 1935 ideado para un Moscú cuyo centro histórico se caracterizaba, fuera del Kremlin y ciertos asentamientos al interior de los bulevares, por la modestia y desigualdad de un urbanismo que dejó edificaciones burguesas en coexistencia con construcciones de madera. El tratamiento prescrito procede de la función atribuida, como pieza urbana a reforzar mediante la polifuncionalidad (incluyendo el uso residencial) y la inserción de elementos simbólicos que contribuyeran a intensificar su atracción. Al ser la parte de la ciudad más diferenciada morfológicamente, frente a los espacios modernos que habrían de resultar homogéneos, se imponía la protección de conjuntos, hasta donde permitieran las necesidades de saneamiento y el deseo de ganar centralidad.

Esas premisas trajeron como consecuencia un nivel de conservación importante, certificado en los años setenta a través de la catalogación de un total de 1.120 *monumentos arquitectónicos protegidos*, integrantes de 405 conjuntos. Pero la trama quedó aclarada, gracias a una rebaja en los coeficientes de ocupación del suelo y al desahogo proporcionado por islotes verdes interiores a las manzanas o espacios públicos. Y al menos localmente la remodelación llegó a alcanzar cierta magnitud, al abrir cauce a nuevos viales o despejar suelo para usos colectivos de carácter administrativo, cultural y comercial. La diversidad de actividades, principio manejado hoy universalmente en las políticas de rehabilitación, tampoco entrañaba una hiperconcentración puesto que la centralidad se exportaba simultáneamente hacia espacios exteriores (QUILICI, 1978; SEGRE, 1988).

La Segunda Guerra Mundial proporcionó la oportunidad de extender y afinar el modelo, aplicándolo a la reconstrucción de centenares de ciudades siniestradas en los países del bloque. A despecho de las difíciles circunstancias posbélicas fueron reproducidos conforme al original los palacios de Leningrado (destruida en 1/3 del total), la totalidad del núcleo preindustrial de Varsovia y gran parte de los cascos antiguos de Gdansk, Wroclaw o Budapest, así como los museos, palacios e iglesias definidores del corazón de Berlín. Tan costosa tarea, compartida además con el esfuerzo de industrialización y la construcción masiva de viviendas, significaría décadas de trabajo, de tal forma que el castillo de Buda sólo quedó listo en 1975. En cuanto a Berlín la incertidumbre política determina que los espacios aledaños al muro no sean reconstruidos, hasta 1961, con edificios modernos. Pero todavía en los años ochenta se practicó allí la restitución de teatros y palacios desaparecidos, al igual que en Leipzig. Aún en los casos de reproducción integral, se trataba de réplicas mejoradas que esponjaron el tejido urbano, eliminaron malformaciones y oxigenaron los conjuntos con intercalaciones o anillos verdes. Grupo aparte lo forman ciudades como Minsk, Kiev o Jarkov donde permanece el embrión urbano, siendo el espacio restante reordenado mediante trazados geométricos y grandes manzanas con patios ajardinados.

Durante largo tiempo y por razones evidentes las tareas de restauración se volcaron preferentemente en los monumentos, mientras que el caserío civil no pudo beneficiarse del mantenimiento necesario, en muchos casos hasta bien avanzados los años sesenta. Todavía en 1980 cascos como el de Praga se veían recubiertos de andamios y lonas, aunque sin derribos. Esa insuficiente dedicación, similar por cierto a la de muchas otras naciones europeas, sumada al contraste entre los enclaves históricos y los espacios renovados a mediados de siglo con edificaciones colosales del realismo socialista, pesó negativamente en la percepción que desde Occidente se tenía del tratamiento dado al patrimonio (MIJAILOV, 1978). A partir de la década de 1960, mientras el centro histórico de las ciudades capitalistas padecía en mayor o menor grado la presión renovadora por parte de las actividades terciarias, la congestión y los procesos de *gentrificación* o *ghetto*, en las ciudades socialistas continuaron desarrollándose localmente programas de transformación más ordenados. Su meta fue la mejora de la vialidad y la inyección de usos públicos alojados en edificios funcionales, formando conjuntos que aún perseguían el distanciamiento respecto del libre mercado.



Foto 3: Reconstrucción posbélica de la plaza del Mercado, Varsovia.

El Plan de Moscú ratificado en 1971 pondría énfasis en la salvaguardia de los valores históricos, reservando el área central para la cultura y los servicios. Tras él, la política de cascos antiguos irá renunciando a los grandes proyectos renovadores para insistir en la protección de edificios. A finales de los años setenta en Polonia ya están catalogados los inmuebles decimonónicos (GIELZYNSKI, 1977), y en la década de 1980 Bucarest reconoce 600 *monumentos arquitectónicos*, frente a los más de 2.000 inventariados en las 750 hectáreas del centro histórico de Praga (LÖFFLER, 1984). Aparte de la conservación integral en casos como el de la capital checa, Cracovia o núcleos menores de la RDA y Hungría, entre los logros de obligado reconocimiento está la adaptación a fines colectivos y la musealización generalizada de castillos, palacios y construcciones vernáculas (SIMON, 1980). No es menos significativa la defensa de otros componentes del patrimonio, como la veintena de hosterías populares supervivientes en Polonia, y la recreación de actividades y formas de vida tradicionales en antiguas poblaciones, por ejemplo de Bulgaria. Por lo demás, la paulatina conquista de unos parámetros de calidad, que según SEGRE (1988) alcanza su cima en la recuperación de Tallín o las pequeñas ciudades de Alemania Oriental, iría evidenciando el acercamiento a ciertos principios de rehabilitación occidentales. Entre ellos la ocupación óptima, la peatonalización y el correlativo fomento del comercio más especializado, cuando el turismo comienza a resultar una función destacada. Pero otros criterios como el de la multiactividad o la representación simbólica de valores sociales, así como la parcial reconstrucción

de estructuras heredadas, marcaron diferencias sensibles, por parte de un urbanismo que en Centroeuropa y los Balcanes tampoco desmanteló los extensos asentamientos históricos del tipo ciudad jardín.

Con las acciones hasta aquí descritas, los cascos antiguos no quedarían marginados ni asumieron funciones de carácter residual; al contrario, formaron parte relevante del centro ciudad, en razón de su accesibilidad y variedad de cometidos, atributos logrados mediante medidas regeneradoras. De ahí procede parte de la originalidad que encerraban los distritos centrales, cuya comparación con Occidente permite señalar no pocos rasgos distintivos. Fueron espacios de ocupación mucho menos densa, nunca desprovistos del uso habitacional, que al colectivizar las funciones urbanas convivió con un sector terciario de naturaleza especial (CARRE-RAS, 1981). Oficinas de la Administración, servicios sociales, cultura y espectáculos eran los cometidos dominantes, quizá más que el comercio, para un centro urbano articulado a partir de los espacios públicos. En ausencia de intervenciones espontáneas, la sucesiva incorporación de elementos nuevos trajo consigo cambios sustanciales en la imagen urbana, desde el decorativismo monumental en tiempo de Stalin hasta el estilo internacional. Este introduce una mayor semejanza con la ciudad liberal, acentuada a partir de los años setenta cuando mejora la red comercial, se abren nuevos almacenes por departamentos y se construyen hoteles, de forma más clara en los países de Europa Central.

4. LA PREFABRICACIÓN, RESPUESTA AL PROBLEMA HABITACIONAL

Setenta años de economía planificada aportaron una discusión profunda, periódicamente reavivada, sobre el alojamiento y su imbricación con las otras funciones colectivas de la ciudad. Aquel debate fructificó en una amplísima serie de prototipos de vivienda, por lo regular materializados, que se acompañaron de configuraciones específicas para los espacios residenciales y su armadura de servicios. Al igual que en otras vertientes del urbanismo, la dificultad para hallar respuestas adecuadas, unida a los cambios de circunstancias y la entrada en juego de variables nuevas, obligarían a reorientar la política de vivienda en distintas ocasiones y en casi todas sus dimensiones. Desde la financiación, las formas de promoción y tenencia hasta los tipos edificatorios, el tamaño, la organización funcional o la composición física de los asentamientos. Esos giros confieren aún mayor singularidad al proceso de edificación masiva, que no logró erradicar totalmente el problema de la vivienda pero aún así ofrece algunos planteamientos y resultados de obligada consideración.

Antes de la II Guerra Mundial, en estrecha conexión con el Movimiento Moderno, se establecieron los fundamentos teóricos y las bases materiales para la intervención posterior. El modelo de alojamiento esbozado desde finales de los años veinte cumple requisitos como el carácter igualitario y la economía de medios, por tanto ha de ser mínimo y seriado, habiendo autores como BARSC y GINZBURG (1930) que en seguida anticipan la prefabricación. Descartada pronto la solución de

la Ciudad Jardín, pareció más útil, para organizar la vida en común, agrupar el hábitat en bloques plurifamiliares con servicios compartidos. Tal es la idea del *Kvartal* o superbloque, que desarrolla un esquema ya utilizado en los proyectos de ensanche decimonónicos (manzana con interior ajardinado), y también muestra cierta coincidencia con la manzana de tipo racionalista, pero se diferencia de ésta por la igualdad de las viviendas y un mayor énfasis en las dotaciones colectivas indispensables (QUILICI, 1978). Como unidad urbana elemental, el *Kvartal* cobró vida en las primeras ciudades nuevas y en el Plan de Moscú (1935), donde se agrupa en distritos residenciales (*Microraion*) con servicios de categoría superior. No siendo exactamente una aportación propia, el *Kvartal*, definido como bloques abiertos o en cuadro sobre patios arbolados que acogen equipamientos, alcanzó su mayor desarrollo en los países socialistas, al menos hasta la década de 1960. La multiplicación de las casas-patio confirió personalidad geográfica a las ciudades y, dada la extensión de los espacios descubiertos, su interconexión y las plantaciones vegetales que con frecuencia albergan, también representó un factor de calidad ambiental.



Foto 4: *Kvartal* en Minsk (Bielorrusia).

Sin embargo las duras condiciones materiales de esa primera etapa, hasta bien cumplidos los años treinta, no permitieron atender suficientemente las necesidades, máxime cuando el Estado construía con cierta calidad y soportando la carga de unos alquileres muy bajos. Las pérdidas debidas a la guerra, en la URSS y las naciones posteriormente incorporadas al bloque oriental, agravaron el problema habitacional haciendo inevitable la multiplicación de las viviendas compartidas o *Komunalka*. Sólo en 1950 la Unión Soviética logra un parque residencial equivalente al de 1941, no viéndose otro recurso que la construcción prefabricada, abierta con carácter experimental en los años cuarenta y de forma generalizada a partir de 1954. Industrializar la construcción, mediante el empleo de paneles, módulos y hasta células sanitarias completas, permitió ganar rapidez, abaratar y por tanto multiplicar el producto, con ayuda de asentamientos cada vez mayores y edificaciones más elevadas. Eso significó un paso adelante en la definición de la vivienda mínima y los estándares constructivos, pero igualmente representó, por sus inconvenientes, una fuente continuada de preocupación y el mayor objeto de debate urbanístico durante décadas (PROMYSLOV, 1963).

La monotonía, la falta de calidad y de soluciones estéticas satisfactorias harían rebrotar la reflexión sobre la necesidad de conciliar la igualdad social con la diferenciación formal y el diseño arquitectónico (ORLOV; SHVIDKOVSKI, 1969; PEREVEDENTSEV, 1975). Mientras tanto la opción de los *Cubos de Hormigón* se extendía en los años sesenta a Cuba, desde 1970 a otras naciones como Polonia que importaron *fábricas de casas*, llegando a dominar el sector de la construcción escalonadamente según países. En Rusia la prefabricación ya constituía el 70% del total en 1958; en la RDA el 80% en 1977 (SEGRE, 1988). Gracias a esa tecnología fue posible edificar en cantidades colosales y con un ritmo sostenido. En Moscú entre 1958 y 1971 se entregaron 1.800.000 nuevos apartamentos (COMMUNIST PARTY, 1971), y en la parte rural del país fue realojado el 80% de la población entre 1951 y 1970 (FOMIN, 1974). En otras repúblicas la aceleración arranca de los años sesenta, como Hungría que a mediados de esa década alcanza un volumen anual de 60.000 viviendas (SIMON, 1980). O Rumania, cuya capital entregó 80.000 apartamentos en los cuatro años posteriores a 1960 (BLANC, GEORGE y SMOTKINE, 1967). Por su lado Polonia logró un verdadero *boom* entre 1971 y 1975, 1.125.000 viviendas (GIELZYNSKI, 1977), equivalente al de la RDA (608.600 viviendas), país que aún entre 1981 y 1985 construye cerca de un millón de alojamientos.

Tan considerable actividad obligó, por otra parte, a fijar y perfeccionar paulatinamente los modelos de organización del espacio residencial. Desde los años setenta el *kvartal* cede paso al polígono, con bloques y torres alternos que adoptan una disposición en *open planning*, singularizada por la entidad de los espacios libres y la jerarquización tanto de las vías públicas como de los servicios colectivos. A partir de las unidades residenciales más elementales (grupos de casas), que incluyen servicios primarios (área verde, guardería), la base de estructuración interna es el Microdistrito (*Microraión*), versátil en cuanto a superficie (25-40 Has.) y tamaño demográfico, desde 8.000 hasta 20.000 habitantes (FROLIC, 1964). Posee carácter autosuficiente, así que incluye servicios de categoría más elevada (escolares, comerciales, culturales) y una parte del empleo de los residentes (FRENCH, 1979). El

nivel jerárquico inmediatamente superior es el distrito (*Raion*), con volúmenes poblacionales de entre 20 y 50.000 personas, que requieren otra clase de dotaciones de uso frecuente (asistenciales, recreativas, de abastecimiento) aunque no diario. La accesibilidad a esos servicios estaba teóricamente garantizada por las vías rápidas que envolvían los distritos, cohesionando el conjunto urbano (LAPPO, 1969).

Por otro lado el boom edificatorio coincide con cambios sustanciales en las formas de promoción y propiedad. A partir de los años cincuenta (Polonia, Rusia, RDA) o sesenta (Hungría) el Estado cede a las cooperativas y empresas una parte de su responsabilidad en la construcción de viviendas, para dedicarse selectivamente bien a los estratos menos solventes, bien a grupos específicos de otra naturaleza, del mismo modo que cubre necesidades habitacionales derivadas de la colonización o la puesta en valor de recursos. El resto de la demanda es atendida por el sector cooperativo, asociado frecuentemente a empresas, que recibe del Estado suelo gratis y financiación para cubrir, según países, entre el 60 y el 85% del coste de las inversiones. Los beneficiarios de las viviendas satisfacen el resto, con dinero y en ocasiones también con horas de trabajo (400 en la RDA en 1977), y el crédito estatal debe ser reintegrado al menos parcialmente en un plazo de quince años con interés muy bajo (0,5% en la URSS en 1973). Así se canaliza el ahorro hacia la vivienda, y los cooperativistas acceden según los casos a formas de alquiler privilegiadas (testimoniales, transmisibles hereditariamente) u obtienen la propiedad. Tal ocurre en la mitad de los apartamentos levantados en Rumania entre 1971 y 1975, según REY. En la Unión Soviética llegaron a funcionar más de dieciséis mil cooperativas, y en la RDA aportaban a finales de los setenta el 40% de la actividad del sector. A la vez hubo un fomento creciente de la construcción individual para régimen de propiedad, mediante créditos y terrenos que estimulan la multiplicación del número de casas unifamiliares y *dachas*, tanto en el medio rural y las pequeñas ciudades como en las aureolas recreativas de las grandes aglomeraciones. Llegaron a representar en algunas naciones hasta una décima parte de los nuevos alojamientos.

El progresivo perfeccionamiento de las técnicas de prefabricación, aplicadas a construcciones elevadas sobre grandes polígonos, representó ya a finales de los años sesenta una fuente de ahorro que permitirá incrementar el gasto en la obtención de una mayor calidad y variedad. Así, atendiendo a la polémica suscitada por la diferenciación y la falta de confort de los bloques por módulos, finalmente llegan algunas soluciones estéticas. Se consigue diversificar los tipos edificatorios y sus combinaciones sobre el plano; se emplean colores, murales decorativos para suavizar las medianeras y, a fin de dar identidad a los barrios, se juega con las particularidades regionales y las tradiciones históricas. Ese esfuerzo por lograr una diferenciación arquitectónica está recogido por QUILICI (1978), quien hace constar que en 1976 «*los institutos de vivienda (de la URSS) están elaborando más de seiscientas versiones nuevas de proyectos estándar*». En 1978 concluyó la urbanización del barrio de Chertanovo Norte (Moscú), que SEGRE (1988) presenta como producto final del proceso creador soviético. El asentamiento alojaba a 22.000 habitantes en una superficie de 40 has., solo 25 de ellas edificadas, con alturas en escalera y treinta variedades del bloque-tipo. Por vez primera, las grandes explanadas de cemento o asfalto fueron allí sustituidas por estacionamientos subterráneos.

En correspondencia con todo ello iba incrementándose la superficie de las viviendas, la cantidad de tipos diferentes y el nivel de su dotación. El estándar de 9 m²/habitante establecido en la URSS como meta durante los años sesenta, aún no se había logrado en 1972. Cinco años después ya hay 12 m²/h., y a la caída del régimen la disponibilidad llegó a 17 m²/h. (RADVANYI, 1990; BRUNET, 1996). La RDA consiguió 26 m² por persona en 1987. En cuanto a los servicios procedentes de las redes técnicas, en la Unión Soviética el 93% de las viviendas disponían ya en 1967 de calefacción central, y el 98% de gas ciudad (FROMENT-MEURICE, 1972). Por su parte los alquileres irían disminuyendo hasta estabilizarse, como



Foto 5: Composición con módulos prefabricados, Bratislava (Eslovaquia).

sucedió en Alemania Oriental donde se pasa de un 10% del ingreso familiar en 1950 a un 3% en 1987. En Rusia a finales de los setenta el alquiler representaba el 4-5% del ingreso familiar, e incluía el gas, agua caliente, luz y teléfono (LÓPEZ MUÑOZ, 1977).

5. OTROS ASPECTOS DE LA SOCIALIZACIÓN URBANA: EL VERDE Y LOS SERVICIOS COLECTIVOS

Los espacios arbolados resultaron un componente esencial en la estructuración de las ciudades a partir de los años treinta. Ya el primer Plan de Moscú retomó la idea decimonónica del cinturón verde perimétrico para poner límite al crecimiento urbano, utilizando a tal fin los antiguos bosques que, engrosados con plantaciones, llegaron a reunir una superficie de 200.000 hectáreas a manera de faja cuyo ancho era de 15 kilómetros (MIJAILOV, 1978). Las ciudades nuevas de composición lineal fundadas en la misma década también tendrían como elemento vertebrador una banda verde, abierta rítmicamente en manchas mayores intercaladas entre los asentamientos. En los núcleos preexistentes se practicó sistemáticamente el aclarado interior y la incorporación de masas forestales inmediatas, para conseguir grandes extensiones de parques y jardines obedientes a unas normas. Por ejemplo Kiev dispuso en 1937 de un programa para la organización funcional de las zonas verdes, integradas en un sistema jerárquico donde cada elemento se diferencia por su cometido (sanitario, recreativo etc.), tamaño, localización y por la clase de acondicionamiento (LEVITSKI, 1980).

El posterior desarrollo de esos principios de diseño orgánico daría lugar a categorías normalizadas de espacios verdes escalonados, cuyo estrato superior viene dado por las coronas protectoras o cinturones periurbanos de bosques y parques, con una anchura de entre 5 y 10 kilómetros. Cuando la ampliación en superficie de las ciudades alcanza y desborda el límite forestal, este queda convertido al menos parcialmente en elemento interior arreglado para el esparcimiento, y su antigua función se traslada en teoría a un nuevo cinturón. En el nivel inmediatamente inferior se sitúan los parques urbanos, que suelen aprovechar parajes de interés ambiental como los frentes fluviales, lacustres o marítimos, y a menudo poseen carácter de espacio temático para motivos políticos, económicos o culturales. Los peldaños más bajos del sistema corresponden a los parques de distrito, conectados por rutas peatonales, y los jardines de los grupos de casas. A eso hay que añadir las zonas sanitarias protectoras (50 a 1000 metros de ancho) que aíslan las industrias, mas los terrenos arbolados en el interior de las fábricas, así como las franjas de defensa de las vías rápidas (50 a 100 metros de ancho) (LAPPO, 1969).

La suma de aquellas piezas verdes llegaría a representar 1/3 de la superficie de Moscú y hasta el 50% del territorio urbano en Kiev y algunas ciudades nuevas, obteniéndose coeficientes incluso superiores a los 20 m² por habitante (BAZUNOV, POPOV, 1978; MORÓZOVA, MONÁJOVA, 1979). Pero la magnitud del dispositivo no reviste seguramente tanta importancia como su correcta distribución, que en muchos casos permitió *realzar en verde* la aureola envolvente de los cascos antiguos,

y dar a los paisajes modernos aspecto de bosque urbanizado. Claro está que la vastedad del espacio afectado impuso formas de acondicionamiento a veces muy someras, y labores de mantenimiento escasas. Pero el componente natural contribuiría decisivamente a contrarrestar las fuentes de contaminación originadas por un proceso industrial urbano cargado de dificultades, siendo entonces el factor clave en la calidad ambiental. Al menos hasta que en los años setenta comiencen a introducirse mejoras cualitativas relacionadas por ejemplo con el transporte, como el gas licuado para los vehículos pesados y la onda verde de circulación a velocidad moderada.

Visto desde otro punto, el verde urbano cobra sentido dentro del dispositivo general para la provisión de servicios, base sustentadora de la colectivización urbana. El desarrollo de esas prestaciones, que intentan compensar las carencias del alojamiento, fue, por causas bien conocidas, muy desigual. Francamente limitado en el caso del abastecimiento, mucho más satisfactorio en los aspectos sanitarios, educativos, culturales o de ocio, estos últimos relacionados con la semana laboral de cinco días. Desde el arranque del proceso revolucionario, la envergadura del problema habitacional y el deseo de socializar el sistema de vida urbano dieron lugar a una reflexión teórica que fructifica en los primeros modelos de alojamiento con servicios comunes. Comedores compartidos, lavanderías y baños colectivos en los bloques de viviendas, liberarían a la mujer del embrutecedor trabajo doméstico, objetivo destacado entre los que guían el replanteamiento en profundidad de las ciudades (SABSOVIC, 1934).

La planificación física asumió esos apoyos a la vida comunal, trasladándolos al menos en el plano teórico a las unidades residenciales o *Kvartal*, aunque el elevado coste impediría su ejecución a gran escala, suplida en parte con la apertura de comedores colectivos en las fábricas. Pero la idea, plasmada en prototipos y experiencias modélicas, se asume como un objetivo fundamental para el socialismo, que reaparece casi constantemente en el debate urbanístico. Así, en los años sesenta vuelve a ponerse de manifiesto la necesidad de abaratar la vivienda, vencer las dificultades en el suministro de alimentos y estimular las prácticas comunitarias. La respuesta es la reducción de las dotaciones individuales, sustituidas por el living colectivo que fue objeto de diversos proyectos e incorporado a realizaciones experimentales (ZHURAVLYEV, FYODROV, 1961). SEGRE (1988) alude a unidades habitacionales de la misma década, que aparte del catering común poseían puesto sanitario, sala de recreo, biblioteca y círculo infantil. Ahora bien, a los problemas de financiación se sumó la resistencia del modo de vida tradicional, según sostiene FROMENT-MEURICE (1972) al recoger las críticas contra los modelos residenciales donde un restaurante en cada planta sustituye a la cocina particular.

La falta de datos impide hacer balance de los resultados, que indudablemente estuvieron por debajo de las expectativas, pues todavía en los años setenta las mujeres soviéticas invertían el doble de tiempo que los hombres en tareas domésticas (PEREVEDENTSIEV, 1975). Pero su incorporación masiva al trabajo retribuido, y la existencia tanto de cantinas en los centros laborales como de comedores colectivos con carácter abierto, sin contar los restaurantes de los bloques de viviendas, supusieron al menos una parcial liberación de las preocupaciones relativas a la compra y preparación de alimentos. En Moscú llegaron a funcionar en 1978 ocho mil

comedores, cafés y restaurantes, mientras que en Cuba, en 1983, los comedores obreros y escolares atendían diariamente a más de dos millones de personas. Los pormenores de esa experiencia, y su traslado a la configuración del hábitat, han de tomarse en consideración ahora que las ideas sobre el alojamiento sostenible vuelven a insistir en la pertinencia de los servicios compartidos, al menos para ciertos colectivos.



Foto 6: Brigada de estudiantes en Leipzig, Alemania Oriental.

Tanto o más interesante para el debate actual sobre la ciudad es, en un orden de cosas diferente aunque también referido a formas de vida en común, la participación ciudadana mediante trabajo social. Escolares y universitarios, colectivos laborales, comités ciudadanos y organizaciones sociales, desarrollaron una larga trayectoria en formación de brigadas que, dirigidas por las organizaciones de masas, asumieron tareas de mejora urbana. A partir de los *domingos rojos*, las dedicaciones más características fueron la conservación de infraestructuras, mantenimiento de instalaciones públicas y protección de jardines o espacios colectivos. Con el paso del tiempo y al amparo de programas específicos llegarían a asumir tareas más especializadas en la ejecución de obras, como redes técnicas y edificación. Por ejemplo en Cuba se forman desde 1987 las microbrigadas en la construcción, con trabajadores procedentes de otros sectores de actividad, y más tarde cobra fuerza la autorrehabilitación del centro histórico por parte de los propios residentes. En la RDA la organización juvenil FDJ inició en los años ochenta el programa Reconstrucción y Ampliación, donde los jóvenes llegaron a modernizar unos veinte mil apartamentos antiguos al año, para uso de otros jóvenes.

BIBLIOGRAFÍA CITADA

- BAZUNOV, B. y POPOV, S. (coord.): *Moscú Olímpica*, Ed. Progreso, Moscú.
- BEAUJEU-GARNIER, J. y CHABOT, G. (1963): *Traité de Géographie Urbaine*, Ed. Armand Colin, Paris.
- BLANC, A. y CHAMBRE, H. (1974): *La U.R.S.S.*, Ed. Ariel, Barcelona.
- BLANC, A.; GEORGE, P. y SMOTKINE, H. (1967): *Les Républiques Socialistes d'Europe Centrale*, Ed. P.U.F., Paris.
- BELICKY, K. (1977): *Socialistické Slovensko v obrazoch*, Vydavateľstvo a Nakladateľstvo Roh, Bratislava.
- BRUNET, R. y REY, V. (1996): *Europes Orientales. Russie. Asie Centrale*, Ed. Belin-Reclús, Géographie Universelle, Montpellier.
- CARRERAS VERDAGUER, C. (1981): «La organización espacial del territorio soviético», en LLUCH MARTÍN, E., *Geografía de la Sociedad Humana*, vol. 7, Ed. Planeta, Barcelona, pp. 161-219.
- CECCARELLI, P. (1972): *La construcción de la ciudad soviética*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- COMMUNIST PARTY CENTRAL COMMITTEE AND USSR COUNCIL OF MINISTERS (1971): «The general plan for the development of Moscow», *Current Digest of the Soviet Press*, 23, pp. 11-12.
- COSSÍO, C. (coord.) (1983): *Un pueblo entero*, Ed. Letras Cubanas, La Habana.
- FOMIN, G. (1974): *Housing Construction*, Novosti Press, Moscow.
- FRENCH, R. A. y IAN HAMILTON, F. E. (eds.) (1979): *The Socialist City. Spatial Structure and Urban Policy*, Ed. John Wiley and Sons, London.
- FROLIC, B. M. (1964): «The Soviet City», *Town Planning Review*, 24 (4), pp. 285-306.
- FROMENT-MEURICE, G. (1972): *La vida soviética*, Ed. Oikos-Tau, col. ¿Qué sé?, Barcelona.
- GEORGE, P. (1970): *Géographie de l'U.R.S.S.*, Ed. P.U.F., Paris.
- GIELZYNSKI, W. (1977): *La Polonia de Hoy*, Ed. Alhambra, Madrid.
- GISPERT, C. (dir.) (1989): *Geografía Universal*, vol. 6, *Europa Oriental y Asia Soviética*, Ed. Océano-Instituto Gallach, Barcelona.
- LAPPO, G.M. (1983; edición rusa 1969): *Geografía de las ciudades y fundamentos de urbanismo*, Ed. Vneshtorgizdat, Moscú.
- LAPPO, G.; BEKKER, A. y CHIKISHEV, A. (1976): *Moscow: Capital of the Soviet Union*, Progress Publishers, Moscow.
- LEVITSKI, G. (1980): *Kiev*, Ed. Progreso, Moscú.
- LÓFFLER, H. (1984): *Bucuresti*, Ed. Sport-turism, Bucuresti.
- LÓPEZ MUÑOZ, I. (1977): «Así viven los rusos», *El País Semanal*, 8-XI-1977, pp. 8-13.
- MELLOR, R.E.H. (1966): *Geography of the U.S.S.R.*, Ed. MacMillan/Saint Martin's Press, New York.
- MERLIN, P. (1972): *Les Villes Nouvelles*, Ed. P.U.F., Paris.
- MIJAILOV, N. N. (1978): *La Unión Soviética*, Ed. Danae, Barcelona.
- MORÓZOVA, N. y MONÁJOVA, N. (1979): *Volgogrado*, Ed. Progreso, Moscú.
- PELLETIER, J. y DELFANTE, Ch. (1989): *Villes et Urbanisme dans le monde*, Ed. Masson, Paris.
- PEREVEDENTSEV, V.I. (1989, edición rusa 1975): *Las ciudades y el tiempo*, Ed. de Ciencias Sociales, La Habana.
- PROMYSLOV, V. (1963): «Building in Moscow», *Interbuild*, 10 (9), pp. 16-18.

- QUILICI, V. (1978): *Ciudad rusa y ciudad soviética*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona.
- RADVANYI, J. (1990): *L'U.R.S.S.: Régions et Nations*, Ed. Masson Géographie, Paris.
- RAFFE, W. (1936): «The Reconstruction of Moscow: the ten year plan», *Town and Country Planned*, 4 (14), pp. 53-59.
- REY, V. (1975): *La Roumanie. Essai d'analyse régionale*, Ed. Sedes, Paris.
- RODRIGUEZ-AVIAL LLARDENT, L. (1982): *Zonas verdes y Espacios Libres en la ciudad*, I.E.A.L., Madrid.
- SABSOVIC, L. M. (1934): «El problema de la ciudad», en CECCARELLI, P., *La construcción de la ciudad soviética*, pp. 3-34.
- SEGRE, R. (1988): *Arquitectura y Urbanismo Modernos. Capitalismo y Socialismo*, Ed. Arte y Cultura, La Habana.
- SIMON, F. (1980) *Hungría hoy*, Oficina de Informaciones del Consejo de Ministros de Hungría, Budapest.
- STRETTON, H. (1985): *Planificación urbana en países ricos y países pobres*, Ed. Fondo de Cultura Económica, México.
- TALATCHIAN, M. (1999): *Moscú et les villes nouvelles de sa région, évaluation comparative avec l'agglomération parisienne*, Ed. L'Harmattan, Paris.
- V.A. (1979): *Rumania. Síntesis Documental*, Ministerio de Turismo, Bucarest.
- V.A. (1981): *Praha. Obrazová publikace o Hlavním městě Československa*, Tisková Agentura Orbis, Praha.
- V.A. (1987): *La vivienda en la RDA*, Ed. Zeit in Bild, Dresden.
- V.A. (1987): *Panorama de la RDA*, Ed. Verlag Zeit in Bild, Dresden.
- WHITE, P. M. (1979): *Soviet Urban and Regional Planning. A bibliography with abstracts*, Ed. Mansell, London.
- ZHURALVLYEV, A. y FIODROV, M. (1961): «The Microdistrict and new living conditions», *Soviet Review*, 2 (4), pp. 37-40.